

Memorias de un *enactment*: entretejiendo historias que sostienen y dificultan la relación terapéutica

Mildred Maricruz Marrufo Fuentes¹

RESUMEN

Analizar una experiencia analítica por lo general nos deja con más preguntas que respuestas, pero los cuestionamientos en nuestra profesión son necesarios, no porque busquemos una respuesta concreta, más bien porque nos lleva a intentar entender una vivencia subjetiva generando un proceso de comprensión dinámico y complejo. Precisamente lo anterior me llevó a escribir el presente trabajo. En el análisis con algunos pacientes me cuestionaba continuamente: ¿Qué hace que podamos tolerar la agresión? ¿Qué hace que podamos sentir la necesidad de poner un límite? ¿Acaso tendrá que ver con nosotros y con lo que conecta con nuestra propia historia? Quizá se relaciona con partes extraviadas de nuestro ser que entran en juego con las de alguien más, de alguien que nos impacta y que en el mejor de los casos, nos lleva al autoanálisis o nos manda de regreso al diván para darle sentido a la experiencia. Si podemos entenderlo de esa manera, podemos dar paso a la mirada de la mutualidad y la transformación para la pareja analítica. El presente trabajo narra mi experiencia con Kevin, encuentros que por el impacto de sus contenidos violentos me llevaron a re-analizar partes de mi vida, mis relaciones, mi posición como psicoterapeuta y paciente en psicoanálisis. Poder ceder a la mutualidad y analizar un enactment me llevó a encontrar fortaleza para sostener las sesiones y hacer lo que estaba a mi alcance para tratar de acompañar a Kevin, tal como mi analista lo ha hecho conmigo, pero también a establecer un límite que nos protegiera a ambos cuanto éste se hizo necesario.

Palabras clave: mutualidad, enactment, psicoanálisis relacional, agresión, transferencias.

¹ Mildred Maricruz Marrufo Fuentes, es psicóloga por la Universidad Autónoma de Yucatán, Maestra en psicoterapia psicoanalítica por la Universidad Marista de Mérida, concluyó el Doctorado en psicoanálisis por la Universidad Intercontinental de la Ciudad de México, en ambos posgrados culminó sus estudios con el reconocimiento al mérito académico por mejor promedio de su generación. Actualmente se encuentra cursando el Posdoctorado en Psicoanálisis Contemporáneo por la universidad intercontinental en la ciudad de México. Las tres formaciones de posgrado han sido con enfoque relacional.

Es docente en la Maestría en Psicoterapia psicoanalítica de la Universidad Marista, impartiendo las asignaturas la teoría de las relaciones de objeto y las teorías contemporáneas en psicoanálisis. De igual manera imparte la asignatura de supervisión clínica grupal en la Maestría en Psicoterapia Psicoanalítica de la Universidad Intercontinental. Desde hace más de 10 años ejerce la práctica clínica privada como terapeuta y como supervisora de casos clínicos de psicoterapeutas en formación. Ha presentado trabajos en diversos congresos de psicoanálisis, participado en mesas paneles, jornadas clínicas y presentaciones de libros.

Sus líneas de investigación abarcan los temas relacionados con las funciones maternas, la transmisión transgeneracional y la clínica psicoanalítica relacional. Su tesis de doctorado se enfoca en las intervenciones que considera terapéuticas y que van más allá de la interpretación. Actualmente se encuentra trabajando sobre un concepto a desarrollar que se relaciona con el entramado del tercero analítico de Ogden, las aportaciones de Bollas y la experiencia artística personal para comprender la elaboración de experiencias clínicas por parte del analista.

ABSTRACT

Analyzing an analytic experience usually leaves us with more questions than answers, but questions are necessary in our profession, not because we are looking for a concrete answer, but rather because it leads us to try to understand a subjective experience, generating a dynamic and complex process of understanding. Precisely the above led me to write this work. In the analysis with some patients, I continually questioned myself: What makes us able to tolerate aggression? What makes us feel the need to set a limit? Does it have to do with us and with what connects with our own history? Perhaps it is related to lost parts of our being that come into play with those of someone else, of someone who impacts us and who, in the best of cases, leads us to self-analysis or sends us back to the couch to make sense of the experience. If we can understand it in this way, we can give way to the look of mutuality and transformation for the analytic couple. This paper narrates my experience with Kevin, encounters that, due to the impact of their violent content, led me to re-analyze parts of my life, my relationships, my position as a psychotherapist and patient in psychoanalysis. Being able to yield to mutuality and analyze an enactment led me to find the strength to sustain the sessions and do what was within my reach to try to accompany Kevin, just as my analyst has done with me, but also to establish a limit that would protect both of us when it became necessary.

Key Words: mutuality, enactment, relational psychoanalysis, aggression, transferences

English Title: Memories of an Enactment: Weaving Stories That Sustain and Difficult the Therapeutic Relationship

Cita bibliográfica / Reference citation:

Marrufo Fuentes, M. (2025). Memorias de un *enactment*: Entretejiendo historias que sostienen y dificultan la relación terapéutica. *Clínica e Investigación Relacional*, 19 (1):77-84. [ISSN 1988-2939] [Recuperado de www.ceir.info] DOI: 10.21110/19882939.2025.190106

Una colisión inevitable

¡PUM! Derechazo certero a la quijada y visita a la lona en los primeros segundos del round. Era el último jueves del mes de junio y por primera vez, en lo que respecta a mi práctica clínica, había sacado de mi consultorio a un paciente. Primera puesta en jaque. Se trataba de un Joven de 14 años que desde nuestro primer encuentro me noqueó al gritarme: "*¡eres una basura, no sirves para nada!*". Desde ese momento, dos horas a la semana, mi consultorio se transformaba en un ring de boxeo. Sus ofensas eran recibidas cual golpes directos que me generaban aturdimiento y confusión. Me sentía como una boxeadora a la cual le acababan de acertar un puñetazo y aun tambaleándose trataba de ponerse en pie para continuar. En esos momentos de shock intentaba recuperarme para entender qué había sucedido y expresar palabras que nos ayudaran a no tirar la toalla.

Su nombre era Kevin, había vivido una infancia atormentada por gritos, rechazos y constantes exigencias, pero al mismo tiempo contaba con todo lo que materialmente pudiera soñar cualquier niño de su edad. Conectando con su lado vulnerable, podía empatizar y suavizar lo duro que resultaban nuestros encuentros y así sostenerlos lo mejor

que podía. Sin embargo, la esperanza fue mermando, pues pese a mi comprensión, sus agresiones no cesaron, al contrario, sus interacciones violentas se amplificaron como una onda expansiva que terminó por alcanzarme; transmutando mi capacidad de comprenderlo en un profundo sentimiento de desesperanza, tornando el ambiente emocional cada vez más sombrío y desolado.

Recuerdo un diálogo previo a sacarlo del consultorio, en el cual para no actuar mi deseo de lanzar la sesión por la borda, aclaré para ambos, que yo estaba ahí para que entendiéramos la razón por la cual necesitaba bombardearme con ofensas y devaluaciones, pero que quizá, en algún punto me fuera intolerable y entonces tendríamos que dar por terminada la reunión para retomarlo la siguiente ocasión.

Analizando en retrospectiva ese momento, encuentro que mis palabras fueron ladrillos que construían un muro de contención para mitigar los impactos que recibía cada sesión. Me percataba de que él no contaba con esos bloques protectores en la vida cotidiana, sintiéndose como un *punching bag* al igual que yo cada lunes y jueves desde que él llegaba. Poco a poco empecé a sentirme en un laberinto sin salida, había intentado todo lo que creía que podía y sabía hacer. Pasaba los días dudando si yo era capaz de acompañarlo y si realmente quería hacerlo.

Después de un tiempo, parecía que todo marchaba viento en popa, las sesiones eran alentadoras, transcurrían en calma, él se encontraba reflexivo y juntos aprendíamos a jugar ajedrez. Por fin él había ganado, yo me encontraba feliz de contemplar su triunfo, por lo que al percatarme del jaque mate, dejé caer a mi rey para evidenciar su victoria. Fue en ese momento en el que, de la nada, nos transportamos a un ring de boxeo, sin previo aviso todo cambió, no vi venir el puñetazo simbólico, él acertó el primer golpe y yo me vi avasallada con una explosión de furiosos gritos que me pusieron, por segunda vez, en jaque: "*¡te quiero torturar, quiero ver tu sufrimiento, para a tu rey, páralo, quiero torturarte y perseguirte hasta que ya no tengas salida!*". Haciendo uso de mi aún capacidad de recuperarme del golpazo, logré ponerme de pie y establecer mi guardia al expresarle: "*yo ya acepté que perdí y está bien para mí, no necesito que sigas persiguiendo a mi rey*", y lo dejé caer nuevamente.

A partir de ese momento, él intentaba acorralarme y yo, trataba de esquivar los "golpes". De pronto aparecimos en un campo de guerra, las piezas de ajedrez eran lanzadas por el aire simulando bombas arrojadas en plena batalla, no contaba con armamento adecuado para aquel enfrentamiento, había sido llevada a la guerra sin fusil, solo sostenía una caja de cartón en las manos y él decía: "*es básquet, es básquet*", tratando de que las piezas cayeran dentro. Sentía el deseo de contraatacar lanzando proyectiles de regreso hacia él, pero atinadamente alcancé defenderme levantando un escudo al acotar: "*no, no es básquet,*

es ajedrez y si sigues lanzando las piezas se pueden romper y puedes golpearme con ellas, vamos a recogerlas". Sobrevino la calma, las palabras habían triunfado, todo había acabado, pensé para mis adentros, ¡qué ingenua fui! Él levantó la mirada, la dirigió hacia mí de manera retadora y respondió: *"noooo yo no las voy a recoger, recógelas tú esclava, eres mi esclava, para eso te pagan".*

Inhalé profundamente, nos transportamos nuevamente al ring de boxeo, me puse los guantes y con firmeza lancé un gancho: *"no, no me pagan para eso y esta sesión llegó a su fin, por favor retírate del consultorio".* Creo que ese fue el primer golpe que como novata en boxeo, atiné. Él, confundido, recurrió a una defensa que solía funcionarle en casa bajándose del ring: *"no, no por favor, es una broma",* le señalé: *"no, no es una broma, es agresión y no lo voy a tolerar, por favor retírate".* Él insistía: *"no, no, por favor"* y se resistía a salir del consultorio, entonces, yo también bajé del ring, me quité los guantes y me resigné: *"ok me voy a salir, te espero afuera".* Cuando dejé mi consultorio yo solo podía pensar *"ojalá no lo destruya",* unos segundos después salió y se subió al auto de sus padres que lo esperaban.

Pero ¿Qué sucedió?

Terminé la sesión con la esperanza de sostener el análisis el tiempo que fuera posible. Las devaluaciones de Kevin me impulsaron (más bien, me orillaron) a poner un límite... delimitando el espacio que nos protegía: a mí de su agresión y a él de que mi respuesta emocional fuera volcando mi enojo y actuando desde mi potencial violento, torturándolo de vuelta a partir de un sin fin de interpretaciones dolorosas y de un mal timing que me posicionara en el lugar de los padres.

Apostaba a la posibilidad de que juntos construyéramos un nuevo vínculo, en el cual yo me presentara como un objeto diferente, que en lugar de devolver agresión, devolviera contención, pero terminé devolviendo abandono y rechazo. Conscientemente intenté no rendirme con él en aquella ocasión, pero lo hice sin darme cuenta, y tal vez, de manera inconsciente, él se percató de mi rendición más allá del juego, detonando un estallido de violencia.

La aparente calma sobrevino a este episodio, pero no disipó las dudas sobre la continuidad de nuestros encuentros, me sentía sola y agotada. Por momentos podía sobrellevar las provocaciones al observar vetas de esperanza y de respuesta favorable de su parte.

Una de ellas se abrió cuando en sesiones posteriores me dijo lo más honesto que me había comunicado en todo este tiempo y eso me hizo sentir compasión nuevamente. En una

sesión en la que su estado emocional era receptivo, retomamos el uso agresivo del lenguaje y la relación con su papá. Le señalé que su manera de tratarme podría ser un reflejo de cómo su padre lo había tratado. Él estuvo de acuerdo. Profundizamos en la conversación, le hice saber que cuando me insultaba o devaluaba y luego lo justificaba como una broma, el impulso agresivo subyacente permanecía. Kevin reconoció esto y me confió: "*es que prefiero pensar que es una broma para no sentir*". Ese tipo de reflexiones me hacían creer que no todo estaba perdido, a él le permitía confiar momentáneamente y a mí reconectar.

Sin embargo, después de los momentos de calma regresaba la tempestad, cual huracán llegaban turbonadas de palabras ofensivas que tenían como fuerza generadora descubrirse vulnerable, violentado y avergonzado, dejando al descubierto el dolor de vislumbrar el autoengaño ante una realidad impensable, desplegando así ventarrones que lo protegían del peligro percibido.

Las historias se entrelazan

Con el paso de las sesiones me percaté de que mi pasado y la vida de Kevin se unían en ciertos puntos del camino pero con pronunciadas bifurcaciones. El punto de unión se gestó en el entretrejo de nuestras historias produciendo un *enactment*, permitiendo la construcción de un puente atemporal entre ambos a partir de diversas experiencias de vida compartidas, pero en circunstancias e intensidades muy diferentes. Ambos hicimos uso de las bromas para enmascarar la agresión y el dolor que esta genera, de ahí mi empatía con él en varios momentos. Me detendré a narrar una anécdota personal en la que viví dicha experiencia de forma más sutil:

Mis padres me han apoyado en diversos aspectos de mi vida, me han alentado a seguir mis sueños y a no detenerme cuando las cosas se ponen difíciles. Sin embargo, mi madre era una mujer que en contadas ocasiones solía realizar comentarios pasivo-agresivos disfrazando devaluaciones a manera de broma. Recuerdo una escena, hace más de 10 años, en la que yo me encontraba estudiando la maestría, era día de muertos y en Yucatán la ofrenda tradicional para el altar es el "*Pib*"², motivo por el cual le encargué a mis padres uno para compartir. Al entregarme el alimento, ellos saludaron a mi maestra y ésta les agradeció

² El Pib o Mucbipollo es una especie de tamal grande y redondo preparado con masa de maíz que se rellena con carne de cerdo, pollo y kol, es envuelto en hoja de plátano y tradicionalmente se cocina enterrado. Es la ofrenda principal en el altar del día de muertos en el estado de Yucatán

el detalle, comentando que yo era buena estudiante, que tenía un gran desempeño y una provechosa capacidad analítica, mis padres agradecieron el comentario.

Días después, por alguna razón que no recuerdo, mi madre me dijo "*tu maestra solo dijo eso por el Pib que les llevaste*", en ese momento yo no vi nada desagradable en el comentario, lo asumí como una posibilidad, aceptando inconscientemente el mensaje implícito: "*no representas nada de lo que la maestra comunicó*". Le comenté a mi analista esta escena y recuerdo su expresión de asombro, me explicó que era un comentario muy devaluatorio, yo en ese momento no lo entendía y le decía "*no es para tanto, fue solo una broma*". Ahora, mientras escribo esta frase, pienso en Kevin diciéndome, "*no, no, es solo una broma*" y reconozco lo brillante que fue que expresara de manera tan pronta algo que en mi análisis me costó un tiempo reconocer: pensar que era una broma era un gran paliativo para mitigar el dolor que implicaba darnos cuenta de la devaluación de nuestros padres hacia nosotros.

Repensando el *enactment* que vivimos me percaté de que en él, el detonador fue darse cuenta de que me había rendido, ya que lo llevó a revivir el rechazo de su padre. Con sus constantes agresiones me puso y me puse en la posición de ser la que abandona, como diría Ferenczi (en Cabré, 2017) inevitablemente re-traumaticé a mi paciente.

Por mi parte, era en los momentos de devaluación asociada al poder y al dinero en los que mi capacidad de pensar la agresión se veía mermada y aparecía la desesperanza, me sentía como aquella niña indefensa que no podía hacer nada ante las desvalorizaciones de su madre, porque pensaba que al tener ella la capacidad y el poder económico también tenía la autoridad de minimizarme. A un nivel más profundo, fueron esas devaluaciones y su relación con mi historia, lo que me llevó a marcar el límite que en mi pasado no pude y que en mi *transferencia* con Kevin, sí logré.

En cuanto pude comprender nuestro *enactment*, resurgió la empatía y la esperanza, quizá desde mi experiencia subjetiva, pues sentí también compasión por Kevin y por la Marita del pasado y un profundo agradecimiento con mi analista por la paciencia que me tuvo durante el difícil proceso de reconocer mis partes dolidas y lastimadas.

Reflexionando sobre esta experiencia emocional intensa y compleja, me percaté de que era inevitable que nuestras historias se entrelazaran. Puedo conectar puntos entre mi relación con Kevin, mi experiencia en análisis y la relación con mi madre, algo así como tejer un tapiz de conexiones y patrones que se repiten.

En mi análisis yo también fui agresiva de manera pasiva con mi analista, tal como mi madre se relacionaba conmigo, una agresión muy distinta a la que Kevin ejercía sobre mí,

pero agresión a fin de cuentas. Él también me trataba de la manera que era tratado en casa, con sus agresiones venía a contarme la historia de un pequeño que fue severamente violentado con palabras, juzgado, rechazado y devaluado.

Con su narración transformada en acto, me presionaba constantemente para que yo le devolviera el odio actuado que buscaba repetir en el vínculo, odio que en algunos momentos le pude reflejar a través de las palabras: "*claro que en ciertos momentos tengo ganas de lanzarte un zapatazo, pero en este punto elijo decirte lo enojada que estoy en lugar de hacerlo o insultarte*". Es curioso como **NO** nos podemos librar de estos entramados relacionales, yo intentaba no caer en un *enactment* cuidando no maltratarlo. En cambio, caí en uno rindiéndome con él, generando nuevamente el trauma de abandono al tirar mi rey, además del rechazo al sacarlo del consultorio.

Conclusión

El análisis de las sesiones desde un enfoque relacional nos permite aprender con los pacientes, nos da licencia para transformarnos en la relación con ellos y nos lleva a reconocer en el otro a una persona que sufre, pero también nos acerca a reconocemos en su sufrimiento (Orange, 2011). Es en la matriz relacional en la que se expresan *enactments* (Aron, 2013), como el que se construyó entre nosotros a través del tiempo, expresando aspectos violentos de su historia que se conectaban con las violencias de la mía y con las defensas para lidiar con el dolor que ambos manejamos en diferentes momentos de la vida.

Concluyo que nuestro *enactment* tuvo que ver con lo violento que él era, con mi pasado y mi análisis. Apremiar a mi analista, su trabajo y la paciencia que me ha tenido me llevó a reafirmar que ella forma parte del coro interno que me acompaña en mi práctica psicoanalítica (Buechler, 2015). Recordar mi experiencia en terapia me hizo desear tener con Kevín la misma paciencia terapéutica, respeto hacía sus tiempos y el apoyo continuo que recibí en mi proceso. Me gustaría haber sido esa persona para él, pero sabía que ni yo era mi analista ni él era yo; que mi análisis no era el suyo y su análisis no era el mío; que su historia y la mía compartían algunas similitudes pero muchas diferencias y que nuestros modos de relación en la vida cotidiana distaban mucho de ser iguales, aunque compartimos áreas de experiencia con distinta intensidad.

Las agresiones paradójicamente fueron ladrillos que ambos utilizamos, cada uno con sus respectivas tonalidades y materiales, para construir un puente que por un tiempo nos ayudó a sujetarnos a partir de nuestras identificaciones pero que resultó insostenible, pues tanta tensión entre las piezas generaba explosiones que nos iban empujando y alejaban cada

vez más. El puente que por un tiempo nos sostuvo, también nos dañó al colisionar, produciendo un *enactment* que, al menos para mí resultó generativo, deseo que para él también.

Realmente esperaba que pudiéramos trabajar juntos. En parte porque genuinamente creo que necesitaba apoyo, había sufrido mucho y estaba muy lastimado; pero también por mí, porque me pude ver reflejada en su historia cuando era una adolescente que se sentía indefensa e impotente. Comprendí que trabajar con él también era re-analizar un núcleo de mi vida que se puso en juego nuevamente con el enactment presentado (Sassenfeld, 2010). Así es como aquella partida, tras un jaque mate inminente, me regala un nuevo acomodo de fichas para repensar mis jugas en este constante ajedrez que a veces es la práctica clínica.

REFERENCIAS

Buechler, S. (2015). Marcando la diferencia en las vidas de los pacientes. *Ágora relacional*.

Cabré, L (Corrd.). (2017). Autenticidad y reciprocidad en psicoanálisis, un diálogo con Ferenczi. Ediciones Biebel

Orange, D. (2011). *El desconocido que sufre*. Cuatro vientos.

Sassenfeld, A. (2010). Enactments: una perspectiva relacional sobre el vínculo, acción e inconsciente.

Original recibido con fecha: 5/01/2025

Revisado: 8/02/2025

Aceptado: 10/02/2025